



ISIDRO FABELA

POR EL GRAL. FRANCISCO L. URQUIZO,
(historiador y escritor)

Conocí al licenciado Isidro Fabela allá por el mes de agosto de 1913. Luchábamos en contra del usurpador Victoriano Huerta. Fue en la Hacienda de Hermanas del Estado de Coahuila.

Estábamos en la época dura de principios de la Revolución Constitucionalista. Nuestras escasas fuerzas dominaban apenas una pequeña parte, hacia el Norte del Estado de Coahuila. Ya habíamos perdido Monclova, desde el mes de julio anterior, después de haber obtenido una brillante victoria en Candela, Coah., sobre fuerzas huertistas al mando del general Rubio Navarrete. Mientras atacábamos y vencíamos en Candela, el grueso de las fuerzas constitucionalistas, al mando directo del primer jefe don Venustiano Carranza, la columna enemiga que mandaba el general huertista Joaquín Mass y que parecía inactiva frente a Monclova, avanzó con decisión sobre esta Plaza, un tanto desguarnecida y aún cuando regresamos violentamente de Candela a auxiliar a nuestros compañeros de Monclova, llegamos en fracciones al lugar de la lucha y, consecuentemente, fuimos batidos en detalle. Sufrimos una derrota que nos obligó a retirarnos hacia el norte y al oeste. Este incidente hizo que don Venustiano Carranza abandonara el norte del Estado y fuera hacia la región lagunera a atacar a Torreón poniéndose al frente de las fuerzas de Durango que mandaban los generales Arrieta, Calixto Contreras y Orestes Pereyra. Los que quedamos en Coahuila, a las órdenes del general Pablo González tuvimos que retirarnos derrotados hasta la Hacienda de Hermanas al norte de la perdida Monclova y una parte de la gente al oeste hacia San Buenaventura y Abasolo. Teníamos enfrente a un enemigo poderoso en número y en armamento, que sin duda habría de seguir

avanzando hasta desalojarnos totalmente de nuestro Estado de Coahuila. Nuestra misión, un tanto de sacrificio, consistía en retardar el avance del enemigo para dar lugar a que la lucha general contra Huerta, cundiera lo más posible en otras partes del país.

Yo, por aquel entonces, con el grado de mayor, mandaba un Batallón de Zapadores, integrado totalmente por mineros de la región carbonífera norteña. Fue mandado a rehacerse al pueblo de Sabinas y la artillería (teníamos una artillería hecha en casa: dos cañones grandes y uno más pequeño, fabricados en la maestranza ferrocarrilera de Piedras Negras, con ejes de las ruedas de los furgones), estaba mandada por el teniente coronel Benjamín Bouchez, teniendo como oficiales a los capitanes Carlos Prieto, Agustín Maciel, Manuel Pérez Treviño y a los tenientes Alberto Salinas y los Aponte) y fue mandada a Piedras Negras. Don Pablo González, estableció su cuartel general en la Hacienda de Hermanas y con la caballería se dedicó a vigilar y a acosar al enemigo triunfante en Monclova, en espera de alguna oportunidad para asestar un golpe fuerte.

Nadie ganaba un centavo por aquel entonces. Había veces que matábamos reses para comer su carne asada y se nos daba harina de trigo para hacer tortillas, café y azúcar. Eso era todo. Nuestro armamento eran las legendarias carabinas 30-30 de poco alcance en comparación con los fusiles "mausser" del enemigo. Nuestros tres cañones arrojaban granadas sólidas a una distancia aproximada de medio kilómetro. Contábamos con dos ametralladoras sistema Colt que manejaba el capitán Bruno Gloria como comandante y tenía a sus órdenes a los tenientes Daniel Díaz Couder y José Fernández (Nico).

El enemigo permanecía inactivo en Monclova, parecía que iba a estar allí largo tiempo, como lo estuvo en Espinazo antes de decidirse a avanzar a Monclova.

En esas circunstancias, el cuartel general, estimó conveniente atacar Monclova y con tal objeto fuimos llevando en trenes, hasta la Estación de Hermanas, la artillería que estaba en Piedras Negras y el batallón de zapadores y las ametralladoras que estaban en Sabinas.

A tambor batiente desfilamos desde la Estación hasta la casa grande de la hacienda, cuartel general de don Pablo González. Un escuadrón de caballería con bandera, al mando del teniente coro-

nel Alfredo Ricaut, estaba formado frente a la casa; a su lado formamos nosotros. Fue allí, cuando un civil, recién llegado, encaramado sobre una mesa nos dirigió una arenga. Era el licenciado Isidro Fabela; habló con desbordante entusiasmo de la redención de la patria, de la nación futura, de la libertad, del denuedo con que los bravos adalides de la legalidad deberían vencer al enemigo de la constitución, escarnecida en un charco de sangre, de donde deberíamos todos salvarla; de sus obligaciones para con el pueblo y del próximo triunfo que en breves horas nos cubriría de laureles.

Era la primera vez que en víspera de un combate se nos hablaba así. Estábamos acostumbrados tan sólo a las escuetas y terminantes órdenes militares. Logró el licenciado con su candente verba levantar muy alto el ánimo de la tropa.

Momentos después, cuando mi Batallón acampaba en "línea de columnas de compañía" empabellonaba sus armas y rompía filas para descansar y tomar sus frugales alimentos, fui presentado al brillante orador por mi estimado compañero, antiguo amigo de él, Rafael Saldaña Galván, "Maderito", como le decíamos a Rafael por su extraordinario parecido con el difunto presidente mártir; felicité al licenciado Fabela por sus palabras recientemente dichas, pero le hice notar que aquella creencia suya del próximo triunfo no pasaba de ser un buen deseo, pues nuestras condiciones militares en relación con el enemigo eran visiblemente de inferioridad a él, en número y en calidad del armamento y en escasez de municiones. El, sin embargo de ello, estaba entusiasmado sobre todas las cosas evidentemente reales, en la bondad de nuestra causa, en nuestro desinterés, en nuestra juventud y en la justicia que nos asistía, por encima de las fuerzas materiales estaban las morales.

Hubo después una breve junta de comandantes de unidades para precisar el plan de asalto a Monclova. A mi batallón se le asignó atacar la Loma de la Bartola, la posición que sabíamos estaba más bien fortificada.

Al atardecer se emprendió la marcha de "aproche". Fabela no fue con nosotros; al despedirse nos dijo:

—Yo no voy con ustedes porque no teniendo caballo, don Pablo González, sin decírmelo, me considera un estorbo y ha aplazado mi ingreso a su estado mayor para después; pero mañana nos vemos en Monclova, después de la victoria.